TEJIENDO ALAS

Beatriz Alcázar

TEJIENDO ALAS

Beatriz Alcázar

Avant
editorial

Primera edición, julio de 2023
©Beatriz Alcáza , 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN978-84-19763-58-7
IBIC: BT
DEPÓSITO LEGAL: M-29677-2023

DEDICATORIA

Este libro está dedicado a mi hija Tonisa y a mi nieta Beatriz, que sin ellas no soy nada. También a mis hermanos por su admiración por todo lo que hago y por cómo me han cuidado siempre.
A Pascual Reyes por su bondad y su inteligencia al aconsejarme siempre. Y por el cariño que nos tenemos.
A mi sobrina Ángela por su ayuda y por ser la autora del dibujo de la portada.
A mi maestro Sergio Reyes, gran escritor al que admiro.
A José Antonio López Crespo por su ayuda incondicional.
A Paco Martínez Salcedo por su risa, su amistad y su ayuda.
A mi amiga de siempre y para siempre Ana Pastrana.
A las personas de mi vida que ya no están, pero que llevo en mi corazón.
A muchos de los personajes que aparecen en la novela por haberme permitido que un trocito de su vida esté en este libro, que en parte está basado en hechos reales.
Y a todas las mujeres que han sufrido y sufren por las opresiones de una dictadura, animándoles a ser fuertes y ganar su libertad.

Corrían los años cincuenta, la época aún se resentía de una guerra cruel e injusta, como todas las guerras, aunque es cierto que en algunos sitios estaba más latentes que en otros, donde las personas lo sufrían fuertemente. No así en la familia de don Manuel Leal y doña Lola Soler, que disfrutaban de una buena posición, ya que el padre de don Manuel le había dejado una fábrica de conservas y licores con muy buena producción. Sí que se resintió un poco por los tiempos que corrían, pero sin tardar con su constancia y buen hacer, y gracias a los ocho empleados muy queridos por don Manuel (y este por ellos) que trabajaban con gran ahínco, el negocio se fue recuperando poco a poco. Manuel era consciente de los malos tiempos que corrían, así que siempre fue muy generoso con ellos, que en toda Málaga, no había nadie con esos sueldos y ayudas tan generosas como los de la fábrica Leal.

Conforme la fábrica iba creciendo, siempre que tenía que añadir algún trabajador más, le daba la plaza a quien más lo necesitaba, así que eran como una gran familia.

El encargado principal, Germán, cuando el padre de don Manuel, don Antonio Leal, dirigía la fábrica, ya estaba con él; por lo tanto, Germán sabía todos los entresijos de la fábrica y este ahora trataba a Manuel como a un hijo o un hermano.

Muchas veces se reunían en el despacho de Manuel y allí hablaban y hablaban sin medir el tiempo, y lo hablado se quedaba entre ellos.

Manuel ayudó a traer a uno de los sobrinos de Germán de Madrid, donde había quedado preso en tiempos de guerra sin ni siquiera saber qué había hecho para estar allí, como les pasó a tantos y tantos otros, y no todos tuvieron la misma suerte que tuvo Pablo, el sobrino de Germán. Esto el encargado no lo olvidaría jamás ni Pablo tampoco. El chico buscaba trabajo, pero, con su expediente de haber estado en la cárcel y el temor que había, no lo contrataba nadie y Manuel le dijo a Germán:

—Dile a tu sobrino que venga a trabajar aquí, tú le enseñas para que algún día pueda sustituirte a ti.

Así lo hicieron y Pablo fue contratado, tanto él como Germán no sabían cómo agradecerle a don Manuel todo lo que él hacía por ellos.

—Yo sé que tu sobrino es como tú, por eso quiero darle esta oportunidad que también será beneficiosa para mí.

Manuel era un buen hombre, casado felizmente con su esposa doña Lola, una mujer extraordinaria que en sus tiempos jóvenes estudiaba Magisterio pero que conoció a Manuel y se enamoraron. Lola lo dejó todo y se casaron llenos de ilusión.

No fue motivo esto para que doña Lola dejara de estudiar en casa y ser en la actualidad una mujer culta, resolutiva, además de una mujer bellísima y cuanto más madura todos los encantos parecían sobreponerse. Por todo eso, don Manuel la adoraba y la admiraba. Con los dos chicos y solo una señora que ayudaba en las tareas de la casa, lo llevaba todo a la perfección.

Había nacido la primera una chica hermosa, gordita, de pelo moreno y sana, con carita sonrosada. Estuvieron de acuerdo en llamarla María Dolores, que con el tiempo sería Lolita, igual que su madre, que ahora era doña Lola.

Doña Lola amamantaba a su hija con tal cariño y esmero que a don Manuel se le saltaban las lágrimas de emoción al verlas.

Manuel siempre llegaba tarde a casa, ya que después de cerrar la fábrica él se entretenía en revisarlo todo y comprobar que todo estaba a la perfección para el día siguiente. Pero desde que nació Lolita procuraba llegar más temprano a casa para poder disfrutar de su hija y de su mujer, ya que estaba más enamorado que nunca. Y doña Lola procuraba cenar temprano y acostar a la niña, que dormía plácidamente, entonces los esposos daban una vuelta por el jardín, que era grande y florido, todo bien arreglado. Para ello venía un señor dos veces en semana, plantaba cosas nuevas, arreglaba las que había y reponía otras o talaba y guiaba las enredaderas. La yedra la guiaba para que trepara por las paredes. De esta forma daba gusto pasear, ver el colorido jardín y, sobre todo, oler el conjunto, siempre destacaban los jazmines y los galanes de noche.

Manuel y Lola paseaban, hablaban un ratito de sus cosas y muy temprano se iban a la cama. Así que muy pronto doña Lola le dio la noticia a su marido de su nuevo embarazo, muy contentos se abrazaron fuertemente y lo celebraron aquella noche, solos, después de la cena con una copa de cava. Doña Lola llevó su embarazo muy bien, pero, antes de llegar a término, a los ocho meses nació el niño tras una cesárea muy complicada, pues el niño a pesar de ser prematuro, nació enormemente grande y fuerte, de hecho no necesitó cuidados especiales.

Doña Lola salió del sueño propio de una anestesia encontrándose tan bien que quiso ponerse a su niño en el pecho, este succionó un poco y se retiró. No había forma de volver a ponerlo, el niño no hacía más que llorar y así se pasó todo el día. Al siguiente el niño seguía llorando y sin querer pecho. Siempre

hacía lo mismo: succionaba, lo dejaba y seguía llorando y comiéndose los puños. Doña Lola quiso que lo viese el pediatra y este lo reconoció y le dijo:

–Doña Lola, no se preocupe, su niño está perfectamente, solo tiene hambre. He ordenado que le dieran un biberón y el niño lo ha tomado y fíjese, ya no llora, está completamente dormido y tranquilito.

Doña Lola en su afán de amamantarlo insistió en ponérselo al pecho, pero el niño hacía lo mismo, succionaba y lo dejaba llorando reclamando su biberón. Se lo daban y seguía dormido, hasta tres horas dormía plácidamente.

Doña Lola lamentó mucho no poder amamantarlo como hizo con Lolita, pero el niño este parecía como de otra madera.

Cuando doña Lola se hubo recuperado, hablaron del nombre del niño y dijo don Manuel:

—Me gustaría que su nombre fuese como el de mi padre, Antonio, así la fábrica volvería a llamarse o a ser de Antonio Leal, como en sus inicios.

—Estoy totalmente de acuerdo, me parece bien. Antonio es un nombre muy castellano, muy bonito y el niño es fuerte y robusto como tu padre. Creo que tiene un gran parecido a él, ¿no crees?

Manuel se emocionó y el niño se llamó Antonio.

Tanto Lolita como Antonio crecían sin problemas, bien educados, con los valores y el respeto que tanto doña Lola como don Manuel les inculcaban, según eran ellos. Pasaba el tiempo, los niños crecían muy rápidamente.

La fábrica estaba enclavada en las afueras de Málaga, muy cerca de la casa familiar.

Cuando Antonio llegaba del colegio por las tardes, su bocadillo tenía que ser bien grande porque igual que nació reclamando comida, así siguió. Doña Lola no le decía nada ya que el niño estaba muy alto, muy fuerte y totalmente en forma, por lo tanto, siempre le preparaba su bocadillo especial. En cambio, Lolita era más bajita, a pesar de ser un año mayor, era muy delgada y su comida siempre era poca.

Antonio pasaba algunas tardes en la fábrica, bien con su padre o con Germán, siempre intentando aprender de todo y preguntando por todo. Cosa que a su padre le llenaba de orgullo.

Lolita siempre se quedaba con su madre.

Pasaron los años de colegio y llegó el bachillerato, para Lolita un año antes que para Antonio.

Llegó el momento de la universidad para Lolita, esta, desde que tenía trece años, ya decía que quería estudiar derecho. Después de muchas conversaciones, siempre en la sobremesa, Lolita dijo que quería hacerlo en Murcia, pues tenía referencias de que su universidad era la mejor en esta materia, de hecho muchos famosos de Madrid se habían ido a Murcia para hacer esa carrera. Además, una compañera de bachillerato lo iba a hacer allí, ya que tenía familia en Murcia y la conocía muy bien. Era una ciudad bastante tranquila y bonita.

Cuando ambas familias se pusieron de acuerdo, escogieron un día y se desplazaron a la ciudad de Murcia donde dejaron todo arreglado. Las matrículas y la residencia de las chicas, que era muy buena —según su reputación—, limpia, seria y recta en sus buenos principios, con lo que todos quedaron de acuerdo y contentos.

Pasó todo un año, Lolita volvió a Málaga con su primer año de derecho terminado y con buenas notas, y Antonio terminó bachillerato.

En una sobremesa, Manuel dijo entre contento y preocupado:

—Bueno, ahora le toca al niño, vamos a ver lo que quiere hacer.

Pues Antonio nunca comentó nada de su carrera.

—No te preocupes, papá, ya lo tengo todo arreglado. Entre mi compañero Andrés y yo tenemos todo hecho y todo preparado.

—¿Cómo es eso?

—Perdona, papá, quería darte una sorpresa y además quitarte trabajo. Como lo tenía todo tan claro, lo preparamos todo y ya solo falta que tú firmes el consentimiento porque como no soy mayor de edad necesito tu permiso; pero sí puedo hacer cosas por mí mismo, siempre que pueda contar con vuestro dinero y vuestra aprobación —dijo Antonio con cara de sorna, todos rieron quedándose asombrados de la osadía de Antonio aunque era normal en él.

Don Manuel exclamó:

—Con el dinero no tienes que preocuparte, todo lo que produce la fábrica y todo lo que tengamos ahorrado es de todos siempre que sea para utilizarlo bien y, en este caso, es para vuestra formación que me parece ser el dinero mejor invertido. Así que dame esos papeles para que los firme y dinos de una vez lo que vas a hacer.

—Sí sí —dijo Lolita—, dinos lo que vas a estudiar, que me tienes en ascuas.

Antonio quedó serio, parecía que le daba vergüenza o miedo contestar, pero todos sabían que su timidez era fingida por eso

rieron. Era sabido por todos que él siempre había hecho lo que había querido y, después daba explicaciones, él era así, resuelto en todo, con aquella fortaleza que le caracterizaba. Muchas veces los esposos decían que, por un lado, estaba bien aquel poder resolutivo de Antonio en el que don Manuel veía la libertad y decisión de su padre don Antonio, que no se equivocaba nunca y si eso ocurría alguna vez, le servía para mayor empuje en la vida, a él le gustaba que su hijo se pareciera a su abuelo; por otro lado, le inquietaba pues al fin y al cabo Antonio aún era un niño.

Por fin Antonio decidió contestar a las preguntas que todos se estaban haciendo:

—Bueno, pues como ya os dije Andrés y yo lo que vamos a hacer es empresariales.

—Hijo, empresariales lo podrías hacer más cerca, sería mejor para todos— dijo doña Lola, pues como buena madre le gustaba tener a sus hijos, cuanto más cerca mejor.

—Mamá ya está decidido.

Zalamero le pasó una mano por el pelo, le dio un beso en la frente y otro en la mejilla, con lo que él sabía que la hacía feliz.

— Bueno, el niño se nos ha hecho independiente, ¿qué le vamos a hacer?

Antonio salió de casa, donde quedaron Lolita y sus padres. Muchas veces Antonio venía tarde, sobre las doce de la noche, y, al día siguiente, cuando don Manuel bajaba al comedor para desayunar e irse a su trabajo, Antonio lo estaba esperando, todo guapo y pulcro, en la mesa del comedor para desayunar juntos e irse a la fábrica los dos.

—Hijo, qué sorpresa tan agradable.

—Quiero estar contigo, papá, y ayudarte en lo que pueda, aprender todo lo que haces tú y así para cuando termine

la carrera, pueda hacer que descanses un poco porque trabajas mucho, papá. Siento mucho no poder ayudarte más.

A Manuel se le saltaron las lágrimas y abrazó a su hijo, desayunaron y los dos se fueron juntos. Para don Manuel era como un sueño cumplido. Allí pasaron toda la mañana, Antonio quedó asombrado de todo el trabajo que había y dijo a su padre:

—Papá, yo creo que deberías aportar a la plantilla algún trabajador más, van todos tan de prisa que están cansados y rinden menos.

—Lo estoy pensando, lo consultaré con Germán.

Quien era su mano derecha, su hombre de confianza de toda la vida.

A mediados de julio se incorporaron dos hombres más y enseguida se notó que todo iba mejor. Así Germán pasó a encargarse de las entradas y salidas del material, de revisar todo, controlar al personal y, sobre todo, el material de exportación, ya que hacía un tiempo habían abierto mercado en el extranjero.

Antonio parecía que estaba al tanto de todo y que sabía de todo, parecía un experto tanto es así que Germán dijo a Manuel:

—Este chico es un portento, en tan pocos días está al tanto de todo, ¿quieres creer que algunos días hasta ayuda al administrativo y le explica formas para que todo salga más rápido y mejor?

Antonio pasó una mano por los hombros de Germán y dijo a su padre:

—Papá, si quieres descansar algún día, puedes hacerlo, aquí entre Germán, Pablo y yo podemos dominar esto, ¿verdad, Germán?

—Sí sí, estoy seguro —dijo Germán.

—Pues creo que me voy a dar la buena vida este verano. Voy a consultar con tu madre y quizá nos vayamos de viaje unos días, ya que llevamos años sin salir a ningún sitio, menos mal que tu madre lo entiende todo y no protesta por nada.

Así lo hicieron, aprovecharon lo que quedaba del mes de julio y salieron de viaje a Francia, Italia e hicieron un crucero por las islas griegas; asistieron a cines, teatros, los más importantes de cada país que visitaban. Doña Lola era una entusiasta de los teatros. Visitaron monumentos, galerías de arte; comieron en los mejores restaurantes de cada sitio donde iban; pasearon por algunas calles y plazas de las más importantes de cada país, cogidos de la mano con la misma ilusión que cuando eran novios. Aquel ocio tan placentero no lo olvidarían nunca.

—Cariño, ¿cuánto tiempo hacía que no viajábamos?

—Es que se hace imposible, con los niños pequeños y tanto trabajo.

—Me gustaría que vieras a Antonio en la fábrica, es una máquina— dijo Manuel.

—Y cae bien a todo el mundo, la verdad, no sé cómo lo hace, pero sin duda tiene un don especial.

—Por eso hemos podido hacer este viaje —-dijo doña Lola.

Cuando regresaron, al día siguiente, don Manuel se fue a la fábrica, todos salieron a recibirle y darle la bienvenida, pues todos le querían, Germán dijo:

—Qué pena que este chico tenga que irse a estudiar, tiene un don especial, no lo dudes. Cuando tú no estabas, él por su cuenta revisaba todo, ayudaba a todos, sobre todo en la administración. En paquetería es un torbellino, entiende de todo y además cae bien a todo el mundo, a los obreros, a los compradores, a todos los viajantes, ¡vaya que puedes estar tranquilo que el

niño sabe bien de todo! Cuando termine la carrera, que yo ya no estaré aquí, pues estaré jubilado, vendré a verlo trabajar.

—No te imagino yo a ti jubilado. Esta fábrica no será igual sin ti, pero tienes derecho a disfrutarlo y bien merecido que lo tienes. Es más, si quieres, te puedes jubilar ya, se queda Pablo y así más joven podrás disfrutar más, viajar y estar con tu mujer.

—No, no, no tengo ganas de jubilarme, pero gracias Manuel por esta oportunidad que me das.

—Yo sí que te doy las gracias por todo, no tengo palabras para agradecerte todo lo que llevas hecho por mí y por esta empresa, sobre todo la confianza que sé que puedo tener en ti. Son muchos años los que hemos luchado, siempre codo con codo.

Esto lo dijo Manuel y los dos se abrazaron como si fuesen hermanos, ya que los dos se tenían mucho cariño y bien merecido, ya que estaban toda una vida juntos. A la mañana siguiente Manuel dio a Germán un sobre con cierta cantidad de dinero y le dijo:

—Germán, hace mucho tiempo que ni tú ni tu mujer viajáis. Nosotros hemos viajado este verano y quiero que tú hagas lo mismo, nosotros lo hemos pasado muy bien y tú y tu mujer os lo merecéis; por lo tanto, toma este sobre y la fecha la pones tú. Y te vas sin preocupación alguna, que como has enseñado a Pablo y aún está aquí Antonio, verás cómo nos arreglamos aquí y funcionamos bien.

—Por favor, Manuel, no lo puedo aceptar, tú ya cumples sobradamente. Yo tomé las vacaciones en mayo y tú ahora tienes unos gastos con la universidad de los chicos, no, no puedo aceptarlo.

—Germán, por favor, no me lo desprecies o me sentiré muy mal. Yo tengo el gusto de invitaros y sabes que lo mereces, no te

estoy regalando nada, solo estoy haciendo un poquito de justicia. Además seguro que si mi padre pudiera verlo, estaría contento de lo que estoy haciendo. No puedo olvidar cuando veíamos en tiempos pasados que la fábrica se venía abajo y tú estabas a mi lado, dándome ideas y ánimos para salir adelante tanto tú como yo teníamos los niños pequeños y ni siquiera nuestras mujeres sabían por lo que estábamos pasando. Ahora hemos salido del trance y todo está bien, pero solo nosotros sabemos lo que hemos pasado, de hecho la idea de sacar al extranjero nuestros productos fue tuya y eso ha sido una de las cosas que nos ha hecho reflotar y estar como estamos ahora. —Los dos se abrazaron tan fuerte que no sabían despegarse y los dos echaron lágrimas a borbotones—. Así que coge el sobre y vete de viaje o haz lo que quieras.

Germán cogió el sobre y volvió a abrazar a Manuel. Apareció Antonio dijo:

—Parecéis dos amantes despidiéndose.

—¿Qué sabrás tú? Quizá algún día lo sepas, pero esto es cosa nuestra.

Por fin llegó el gran día en que Antonio tenía que salir para Madrid, doña Lola le hacía muchas recomendaciones como que no se acostara tarde, que comiera bien pero con mesura, que tuviera mucho cuidado con todo, que llamara todos los días y Antonio contestaba «si mamá, si mamá» como una retahíla. Unos días después marchó Lolita a Murcia y doña Lola quedó algo triste, «el síndrome del nido vacío», decían, pero al mismo tiempo estaba contenta de ver a su hija ya hecha una mujer con ideas propias, responsable, cuidadosa y tan preocupada por su carrera que estaba segura que no fallaría. Lolita era una chica alta, delgada y muy elegante en sus formas de vestir como en

todos sus comportamientos, a la vez que guapa y con una gracia que hacía recordar a su madre en su juventud. A pesar de sus diecinueve años, no había mostrado interés por ningún chico, cosa que extrañaba en casa. Su madre pensaba que ya le sobraría tiempo.

Cuando Lolita llegó a Murcia, se instaló en la residencia de señoritas con su amiga Mari. Al día siguiente se vieron las compañeras, después de no verse en todo el verano, todos se alegraron mucho.

Cuando empezaron las clases, Lolita buscó a su amigo Gregorio y no lo vio por ningún sitio hasta tres días después, ella ya estaba muy preocupada. Cuando lo vio respiró y suspiró, ambas cosas a un tiempo.

—¿Por qué has tardado tanto? Ya me preocupaba tu tardanza.

Después se abrazaron y se besaron, y algún beso atrevido surgió entre otros.

—Pues en la fábrica de mi padre, que hay mucho trabajo, y hasta que no ha regresado su secretario de vacaciones he tenido que cubrir su puesto y como aún no empiezan las clases en realidad, pues me he quedado para ayudar allí.

Gregorio era hijo de los dueños de una fábrica de curtidos en Lorca, allí este tipo de fábricas abundaban mucho, se curtían pieles para toda España y para toda Europa donde faltaban curtidos. Goyo, como lo llamaban la familia y los amigos de Lorca, estudiaba derecho en Murcia. Era un chico alto, rubio, con el pelo largo, unos rizos rubios (que eran la delicia de las chicas), de ojos verdes y muy guapo. Estaba completamente enamorado de Lolita y esta a su vez lo estaba de él. Anduvieron largo rato

rodeando la residencia, se cogieron de la mano, se besaron y se sintieron felices.

—Te he echado mucho de menos —susurró Goyo al oído y Lola estremecida por el roce en la oreja, contestó:

—Y yo a ti.

Después siguieron haciéndose arrumacos y diciéndose cosas bonitas. Se pasaron las horas y tuvieron que regresar, Lolita tenía que estar en la residencia a la hora en punto de la comida. Goyo, en cambio, vivía en un piso compartido con otro compañero de Lorca, que estudiaba Arte Dramático. El amigo se llamaba Juan José y le llamaban Juanjo.

Colocaron toda su ropa, cada uno en su habitación, y entre los dos acomodaron el piso como mejor les pareció. Por la tarde, Goyo volvió a buscar a Lolita y pasaron toda la tarde juntos. Tomaron un refresco y así pasaron los días, unas veces juntos y otras estudiando.

Antonio y Andrés llegaron a Madrid a la estación de Atocha. Al bajar del tren, quedaron encantados de ver la belleza de los alrededores de la estación, no habían estado allí y vieron una especie de alameda cubierta, llena de plantas y quedaron maravillados. Cogieron un taxi que los llevó hasta el piso que tenían alquilado, subieron, colocaron algunas cosas y decidieron salir a la calle a comer algo. Así lo hicieron, al volver repasaron todo y colocaron todas las cosas, las ropas en la que iba a ser su habitación. Al rato estaban cansados y se dispusieron a dormir, ya que al día siguiente tenían que estar dispuestos para enfrentarse a la gran tarea que suponía el principio de una carrera, así como al conocimiento de los libros, horario, formas, etc.

Al medio día salieron a comprar algo para proveer la despensa de alimentos y productos de limpieza, cosa a la que no

estaban acostumbrados y que a los dos les costó bastante, pero al fin lo consiguieron. Al cabo de unas semanas era cosa fácil para ellos, cada semana iba una señora a limpiar el piso, aunque ellos lo tenían todo muy ordenado. Pasaban las mañanas en la universidad, a la vuelta comían y cada uno se retiraba a su habitación a estudiar. Así que cuando llegó el primer trimestre, ambos sacaron unas notas impecables. Al pasar el primer trimestre y ver que todo salía bien, Antonio empezó a salir por las noches a pasarlo bien y conocer chicas madrileñas, pues había dejado inmensidad de muchachas en Málaga que estarían encantadas de salir con él; pero Antonio no quería comprometerse con nadie. Además le gustaban todas, rubias, morenas, pelirrojas… Pero siempre era respetuoso y estaba convencido de que si le gustaban todas era porque no estaba enamorado de ninguna; por lo tanto, socializaba con todas pero no daba un paso más. Así él se sentía libre como el viento. En verano con las extranjeras sí había tenido alguna relación de otro tipo, pero eso era otra cosa, pasaba el verano y todo se olvidaba.

En varias ocasiones le llamaba Pepe, ya que eran muy amigos. Pepe estudiaba en Barcelona, allí estaba también Manu. Pepe era un chico muy divertido, como Antonio, y este le dijo:

—Un fin de semana me voy a pasarlo contigo a conocer Barcelona y sus chicas.

Ya a fin de curso Antonio le dijo a Pepe que el año próximo iría. Hasta que llegó fin de curso, Antonio y Andrés habían disfrutado significativamente. Salían, sobre todo Antonio, casi todas las noches, a no ser que tuviera exámenes; quedaban con las chicas, iban a bailar a todo tipo de discotecas y si en algún momento veían que se emprendía alguna relación, siempre rompían. Ya que Andrés había dejado su novia en Málaga y Antonio